



DANIEL SCHÁVELZON

Mejor Olvidar

La conservación del patrimonio
cultural argentino

La Academia de Historia de Buenos Aires fue establecida el 4 de octubre del año 2000 en el salón de actos del histórico Cabildo, como organismo para investigar y difundir la historia de la ciudad de Buenos Aires, en la medida en que nuestra ciudad se ha vuelto autónoma. Está vinculada al creciente interés de los estudios históricos de la ciudad, los avances de la propia disciplina y la multiplicación de los organismos que estudian la problemática urbana desde muchos y diversos puntos de vista.

El objetivo es centralizar y difundir temas investigados por los integrantes de la institución y de los que estén vinculados a los temas del pasado y presente de la ciudad. El carácter histórico es entendido en forma integral, cubriendo todos los aspectos que un análisis científico implica. No es sólo para especialistas sino para todo aquel curioso de la historia de y en la ciudad.

Entendemos que Buenos Aires es una construcción histórica, por lo tanto para conocerla es necesario realizar ese recorrido. La ciudad actual es diferente a la del siglo pasado, hay aspectos que se mantienen y otros que desaparecieron o se resignificaron; indagar en lo que pasó con ellos, servirá para comprender el lugar donde vivimos.

Lic. Liliana Barela
Presidenta de la Academia de Historia
de la Ciudad de Buenos Aires

El patrimonio cultural argentino en todas sus formas, y el de Buenos Aires de manera especial, se ha visto diezmado y destruido de manera casi absoluta. Como si fuera el resultado de un plan establecido, entre demoliciones, exportación de obras de arte y la extracción ilegal de arqueología, cada día es menos lo que nos queda. Y este libro ataca a fondo una de esas vertientes, lo que posibilita que esto suceda: el que las políticas patrimoniales que se aplicaron o aun se siguen concretando adolecen de problemas graves que son inherentes a sí mismas, no son sólo defectos o mala práctica, si no el resultado del nacionalismo en el que surgieron y se desarrollaron.

Desde el inicio del siglo XIX hasta el final del siglo XX son analizados cientos de casos con todo rigor y documentación, para poder revertir la situación algún día. Es el recuento de la experiencia de alguien que lo ha vivido y que trabaja en el tema en todo el país.

Daniel Schávelzon

MEJOR OLVIDAR

**La conservación del
patrimonio cultural argentino**



**ACADEMIA DE HISTORIA DE
LA CIUDAD DE BUENOS AIRES**

 **DE LOS CUATRO VIENTOS**
EDITORIAL

ÍNDICE

Introducción.....	15
I. Los inicios: la conformación del patrimonio histórico.....	23
• La polémica por la demolición de la Pirámide de Mayo en 1826	
• La nueva fachada de San Ignacio en 1852	
• La Casa Histórica de Tucumán dentro de un templete	
• El Caserón de Rosas y sus jardines: conservar pero no restaurar, la gran polémica del siglo XIX	
• Buenos Aires como Capital de la República y la remodelación de Plaza de Mayo: de la utopía urbana a la resistencia crítica	
• La polémica por el traslado de la fachada de San Ignacio Miní (Misiones) a Buenos Aires	
• San Ignacio en Buenos Aires o de cómo borrar la mano de obra indígena	
• Romanticismo y ruinas: la restauración de las ruinas de San Francisco, Mendoza	
• La primera restauración de las ruinas de Tilcara, Jujuy	
• La polémica por la fachada de la iglesia de La Compañía de Córdoba	
II. “Exaltar la patria hasta el misticismo”: 1910-1938; nacionalismo y arquitectura neocolonial.....	105
• La casa natal de San Martín en Yapeyú, o de cómo se construye un mito	
• El Convento de Santa Catalina de Sena, Buenos Aires	
• El Colegio de Montserrat en Córdoba: más verdadero que el de verdad	
• San Juan y la Rioja, o la obsesión de los temples	
• Restauración y destrucción del Cabildo de Luján	

- El Palais de Glace de Buenos Aires
- La Casa del Acuerdo de San Nicolás, vicisitudes en un universo político anquilosado
- El primer proyecto de Mario Buschiazzo y la Catedral de Buenos Aires
- La Escuela Modelo Catedral al Norte y otra desventura de Sarmiento

III “Una arquitectura del espíritu”: la Comisión Nacional de Monumentos, del gran proyecto a la disgregación (1937-1946)187

- El Cabildo de Buenos Aires
- El Cabildo de Salta
- La restauración de la iglesia de La Compañía de Córdoba
- “Una mentira piadosa”: la Casa Histórica de Tucumán
- La restauración de la antigua Legislatura Nacional
- La reducción de San Ignacio Miní, Misiones
- La capilla de Cachi en Salta
- La iglesia de San Francisco en Santa Fe
- La capilla del Plumerillo, Mendoza
- La Quinta de Santa Coloma en Bernal, desde 1945 medio siglo tarde
- La quinta de Pueyrredón en San Isidro
- La Catedral de Córdoba
- Cuando el absurdo tiene forma de balcón, Río Gallegos
- El convento de San Lorenzo en Santa Fe
- Las casas de Grand Bourg: la otra odisea sanmartiniana
- La posta de Sinsacate en Córdoba

IV. “Gaicho, criollo o descamisado”: los estragos del nacionalismo popular (1946-1955) 265

- Santa Fe la Vieja: el primer proyecto de arqueología histórica a escala regional
- El Museo de Motivos Populares José Hernández y el de Arte Hispanoamericano Isaac Fernández Blanco
- Las Ruinas de San Agustín en Mendoza: recetario para destruir el patrimonio histórico

V. Los absurdos años de las grandes confusiones (1955-1966)	311
• La ampliación del Cabildo de Buenos Aires o cuando la verdad queda chica	
• La Estanzuela de los Echagüe, Santa Fe	
• La <i>Capilla de los Negros</i> de Chascomús y su cambio de religión	
• La segunda restauración del Pucará de Tilcara, o cuando la imaginación se salió de límites	
• “ <i>Gloria y Honor, honra sin par...</i> ”, la triste historia de las cinco casas de Sarmiento	
La casa en el Tigre	
La escuela en San Francisco del Monte	
La casa en Buenos Aires	
La casa natal en San Juan	
La casa en Asunción del Paraguay	
La <i>casa de hierro</i> en Asunción	
• Los intereses personales se transforman en Monumento: la casa del Dr. Arce y el Museo Roca	
VI. Dictadura y patrimonio de un país en guerra (1966-1983): la conservación oficial vs. la Nueva Generación	357
La restauración en los organismos oficiales y sus asociados.....	359
• La Casa Histórica de Tucumán en las dictaduras	
• La segunda etapa de reconstrucción del Cabildo de Luján: del disparate al negociado	
• El Gran Hotel de Sierra de la Ventana	
• La restauración de las ruinas de Quilmes, Tucumán	
• La primera transformación del Asilo de Ancianos en Centro Cultural Recoleta	
• Las nuevas peripecias de las Misiones Jesuíticas	
• La polémica obra de la Casa Lagraña en Corrientes	
• Los trenes de Puerto Deseado o los problemas de las buenas intenciones	
• El gran proyecto de Cayastá a las soluciones a medias	
• La restauración de la Aduana de Taylor como fracaso público	

- Las grandes obras de la ciudad de Córdoba
- La Casa Amarilla del Almirante Brown: igual o parecido, da lo mismo

La Nueva Ola, o cuando el patrimonio se transformó en algo diferente.....419

- Las otras opciones frente al patrimonio

VII. “No hay verdades eternas”: la recuperación democrática (1984-1993) 481

- La casa de Horacio Quiroga en Misiones
- El proyecto urbano de Carmen de Patagones (1986/7)
- El primer proyecto de restauración arqueológica: Potrero de Payogasta, Salta
- El reciclado de la Sociedad Central de Arquitectos
- ¿Fue justo el cambio?, la casa de Alsina en Buenos Aires
- Un edificio que abrió una polémica porque cerró un período: Talcahuano y Tucumán
- El caso del edificio Mapfre y la opinión de la sociedad
- La Mansión del Pharaón (la mansión Alzaga Unzué)
- Galerías Pacífico: de lo imaginario al negocio, pasando por la violencia
- El Proyecto Recup-Boca, logros y fracasos de una realidad que queda grande
- Reapertura del bar El Querandí: cuando los ex alumnos deciden la preservación
- La restauración de la iglesia de Cochinoca, Jujuy
- La restauración de una plaza restaurada: Plaza España, Mendoza
- El Área Fundacional de Mendoza: la preservación mirada desde la arqueología

VIII. El final de esta historia557

IX. Bibliografía565

INTRODUCCIÓN

Hagamos un poco de historia ya no tan reciente: en los días finales de 1983 cambió la dictadura militar por un gobierno democrático; quien ese día hubiese visto la lista de los Monumentos Históricos Nacionales declarados y reconocidos se hubiera encontrado con el siguiente panorama: de casi 200 edificios en todo el país ninguno era una universidad, no había un hospital, ni un teatro (ni siquiera el Colón), ni expresiones de ninguna forma de la cultura a excepción de dos escuelas en Buenos Aires que lo estaban por quienes habían estudiado allí dentro y no por carácter propio; sí figuraba el Colegio Nacional Buenos Aires por estar en la manzana de los Jesuitas (es decir, dentro de un conjunto de la Iglesia) y también la escolita de Sarmiento en San Luis (designada en 1910). Quedaría citar la Escuela Estrada, la primera hecha especialmente con el objeto de ser una escuela en el país, en 1860, y la única planeada por el mismo Sarmiento en Buenos Aires, pero esa fue demolida en 1927 para hacerla igual aunque más grande, más clásica y simétrica, por lo que ni siquiera puede ser tomada en consideración ya que no hay un ladrillo auténtico. Y de las dos escuela capitalinas citadas al inicio y que estaban enteras una de ellas se hizo *shopping* y en 1998, la otra logró salvarse al año siguiente. La escolita de Sarmiento en San Luis la metieron en un cajón de hormigón y cristal hipertrofiado en la década de 1980, para que no entren los alumnos de la escuela vecina. Y luego otro colegio, el San José, fue declarado Monumento, pero poco después, en el 2003, fue también hecho un *shopping* y ahora se lo está por transformar en un hotel.

Eso ha sucedido en la educación, institución sin duda básica para la conformación del país tal como lo entendemos hoy en día, pero veamos otros ejemplos: pese a la importancia del ferrocarril en la construcción del territorio nacional sólo había sido declarada una estación, desafectada desde hace medio siglo, que funciona con otro uso y sólo porque en

ella estuvo de paso Nicolás Avellaneda, lo que realmente nada significa ya que pasó por muchas otras estaciones e hizo cosas más importantes; las grandes terminales de Retiro, Once y Constitución que estructuraron las migraciones a la ciudad en el siglo XX no estaban en la lista; ni el puerto de Buenos Aires o el Hotel de Inmigrantes, por donde entraron decenas de miles de nuestros antepasados. Las Ruinas de San Francisco en Mendoza habían sido declaradas monumento en 1941 pero tres años más tarde se decidió usarlas para una enorme pileta de natación; las vecinas ruinas de la iglesia de San Agustín fueron declaradas en 1947, dadas de baja en 1955 y demolidas para hacer una escuela aunque el resto de la manzana estaba vacía. La casa en que vivió el Dr. Arce fue declarada monumento a su propio pedido para hacer un centro de estudios –que tardó treinta años en crearse– y de paso sacar a un molesto inquilino, un embajador con inmunidad diplomática, a la vez que logró evitar impuestos y que el Estado le pagara la hipoteca pese a que siguió viviendo allí hasta su muerte, aunque la casa nada valía ni entonces ni ahora. No había en esa lista una industria, un sitio de trabajo, un emprendimiento colectivo, una comunidad nativa. La iglesia católica ocupaba el 76 % de los monumentos mientras que los otros cultos no existían, salvo y muy curiosamente la gran Iglesia Ortodoxa Rusa en parque Lezama y no por ella sino por sus simpáticas cúpulas acebolladas.

La casa natal de nuestro héroe máximo, José de San Martín, es una burda escenografía a tal grado que no es Monumento Nacional por la oposición del Ejército, que en 1953 se negó a establecer semejante superchería; la solución fue declarar Lugar Histórico a todo el poblado para evitar reconocer que la casa había sido borrada. Las verdaderas ruinas estaban sólo a unos metros pero se las dejó destruir; hoy ha quedado institucionalizada la mentira y jamás se pudo lograr excavar los cimientos de la de verdad y dejarlos a la vista. La Casa Histórica de Tucumán es una copia ya que fue demolida para hacer un correo por el mismo gobierno nacional casualmente el de un tucumano: Avellaneda que la había comprado por su valor histórico. En 1940 tuvo que excavar el suelo para encontrar los cimientos y reconstruirla en base a una única foto tomada por un viajero italiano que la mostraba ya alterada; tan falsa es esta copia que es mucho más real la fachada de la casa de Ricardo Rojas en Buenos Aires porque su arquitecto la copió a partir de más evidencias que las usadas en la supuestamente original.

Pero para terminar el dislate, el gobierno del general Bussi mandó demoler toda la manzana de la Casa Histórica para dejarla en el centro de una enorme plaza y lo que era una simple vivienda familiar entre medianeras quedó como templo griego. La casa del Almirante Brown fue reconstruida sobre una montículo enorme y al doble del tamaño original, para que fuera *verdaderamente* la casa del héroe; la original no era suficientemente grande. Las casas de Caminito en La Boca fueron siempre de chapa gris, fue necesario pintarlas de colores llamativos que jamás tuvieron –ni siquiera existía el esmalte en esa época– para resemantizarlas, darles fuerza, ser únicas, entonces sí fueron patrimonio; las de verdad, las que formaban el barrio, ya casi desaparecieron; pareciera que para hacer visible nuestra identidad debemos recurrir a cromatismos resignificantes: después de Caminito vino el Pasaje Lanín, luego la calle Magallanes y así seguimos. Es como si el color le sirviera al turista para saber qué mirar y qué no, es lo que legitima y a la vez permite destruir su entorno.

La lista podría ser interminable: el único edificio relacionado con la población afro-argentina (los “negros”), es decir con la esclavitud y con su trabajo, con el que se construyó el país a lo largo de tres siglos, es la Capilla de los Negros en Chascomús, la que nunca fue capilla; le dieron ese sentido en 1960 para hacerla potable y poderla declarar Monumento, desvirtuando su forma y uso original. Había que hacerla digerible para una sociedad pacata y vergonzosa de su propio pasado. Las ruinas de San Ignacio en Misiones, tras enormes esfuerzos por restaurarlas y ponerlas en valor, tuvo el ingreso cambiado de lugar a lo largo de treinta años para que el público entrara por donde estaba el restorán propiedad de la persona más influyente y no por donde correspondía y había sido construida. Y aún el Palacio de San José, la versallesca casa de Urquiza en Entre Ríos, tiene su entrada por atrás y no por el frente, para que la gente pase primero por donde se venden empanadas.

El período precolombino tampoco se salvaba: las ruinas del impresionante asentamiento indígena de Tafí del Valle fue destruido para hacer el poblado actual, impulsado precisamente por el turismo que iba a ver las ruinas ahora desaparecidas; para eso la municipalidad construyó en el centro del pueblo dos pirámides de hormigón que remedaban Egipto, porque las ruinas locales parecían demasiado pobres...; nada queda de lo original. Los famosos *menhires* de piedra tallados que se

sacaron de las ruinas se colocaron en el centro de un pueblo cercano, pero un general de turno –nuevamente Bussi– decidió sacarlas de ahí y llevarlas a la punta de un cerro con falsificaciones de arquitectura alrededor como si hubieran sido estatuas, pero como se desgastaban por el viento y la arena se logró sacarlas, aunque al llevarlas a su lugar de origen fueron puestas en un parque donde se hace la Fiesta de la Lechuga; los *menhires* sirven ahora para apoyar puestos de comida y artesanías de plástico. Y lo mismo pasó en Corrientes en que no pudo censarse una sola casa de galería en toda la ciudad; y en Buenos Aires no podemos quejarnos: no ha quedado una “puerta de esquina”, de las que había cuatro por manzana.

Conste que lo que se estudia en este libro son ejemplos de conservación y no de destrucción; para eso habría que contar cómo un obispo vendió las joyas de la Catedral de Córdoba en 1980, todas e incluso los muebles coloniales y los reemplazó por burdas copias de hojalata; los juicios iniciados con la democracia luego prescribieron, las joyas de verdad siguen en manos privadas y como siempre nadie pagó las culpas. Tal como diría el genial Guillermo Hudson, “uno lleva la cuenta de las ganancias, no de las pérdidas”. En esta lista de ejemplos trágicos recordemos que la catedral de Buenos Aires comenzó, en 1998, a fisurarse por culpa de la torre que la empresa Pérez Companc construyó a su lado y donde los ingenieros se olvidaron de dejar la obligada y obvia junta de dilatación entre edificios; la decisión fue que la empresa ni se enterara, en cambio lo que se hizo fue correr la pared posterior (todo el *muro testero* original) de la Catedral. Por supuesto el gasto, al final casi cinco millones de dólares, los pagó el gobierno nacional, es decir el pueblo argentino. Por cierto la empresa no fue molestada con este pequeño asunto y menos aún nadie se preguntó por qué el municipio autorizó tamaña torre detrás de un monumento de esa importancia.

Pero quien se asuste por esto puede recordar que cuando en 1989 se repatriaron los restos de Juan Manuel de Rosas por ley del Congreso, los encargados de hacerlo –entre los que no había ningún antropólogo forense–, mandaron excavar el lugar con pala mecánica, llegaron tarde tras quedarse obviamente dormidos y el ataúd ya se los habían dejado en la vereda, el que más tarde abrieron sin control científico alguno, sacando todo lo que había dentro para repartírselo sin dudar un segundo y uno de ellos –vendedor de departamentos–, exhibe orgulloso en

su casa la dentadura. Por supuesto el sarcófago original de plomo fue fundido y vendido; y ni decir que los huesos, sin tratamiento alguno, sin siquiera los cuidados mínimos de un conservador, quedaron convertidos en polvo ¡y el embajador responsable lo publicó, orgulloso, en un libro!¹

Sirvan estos casos para mostrar que la conservación del patrimonio cultural, histórico o arquitectónico, no ha vivido ni se encuentra viviendo el mejor de sus tiempos; es cierto que ahora se habla del tema y está en los medios de comunicación, pero de allí a realmente conservarlo hay mucho trecho. En este libro y a la inversa de la tradición nacional, no queremos achacarle las culpas a la falta de educación o a los gobernantes ineptos, creemos que los errores son parte integrante de la historia misma de la preservación patrimonial en la Argentina; en su nacimiento, desarrollo y en la forma que llegó a la actualidad encerrando dentro de ella sus propias contradicciones, las que al final de tanto esfuerzo la tornan incapaz de cumplir con su propia función. Si logramos demostrar esto estaremos más que satisfechos. Y quizás podamos ayudar a entender un Buenos Aires que construye unos cien edificios en altura al mes y que demuele más de treinta casas anteriores a 1950 en el mismo período y donde se continúa, pese a muchas cosas hechas a favor, sin una protección real del patrimonio.

Para terminar esta presentación debemos hacer como en todo trabajo académico, un recuento de lo que ya existe sobre el tema, lo que otros han escrito y dicho, los antecedentes obligados. Y resulta paradójal que un tema tan trascendente como es el patrimonio histórico y cultural del país no ha sido seriamente historiado; sí han habido publicaciones acerca de él pero no precisamente una historia, ni de las obras hechas ni del pensamiento que las articula, hay escritos sobre la obra de personajes como Martín Noel o de Mario Buschiazzo, por citar dos ejemplos, pero no un panorama que permita entender el proceso desde sus orígenes. En todo el siglo se han publicado quizás media docena de textos muy cortos, iniciados por un capítulo de un libro del propio Mario Buschiazzo sobre sus trabajos, impreso hace medio siglo²; luego hubo un artículo

1 Manuel de Anchorena, *La repatriación de Rosas*, Editorial Teoría, Buenos Aires, 1990; en las pag. 23 se describe el reparto.

2 Mario J. Buschiazzo, *Argentina, monumentos históricos y arqueológicos*, Instituto Panamericano de geografía e Historia, México, 1959.

que publiqué en México ya que la dictadura lo había censurado aquí y que fue editado finalmente en 1979³; el otro lo hizo Alberto de Paula con una historia más amplia⁴ en 1985 y que sigue siendo el único artículo que presenta una visión de la historia del rescate del patrimonio arquitectónico del país. Más adelante publiqué sobre las restauraciones de edificios arqueológicos en Argentina⁵ y recientemente se hizo para el *Diccionario de arquitectura en la Argentina*, en la voz “Patrimonio”, un largo estudio⁶, al igual que se editó un número en homenaje a Mario Buschiazzi de los *Anales del Instituto de Arte Americano* donde lógicamente se estudia el tema en muchos textos aunque sin hacer tampoco una historia⁷; cabría citar un texto sobre la restauración de los edificios jesuíticos de Córdoba de Carlos Page de 2002⁸. Esperemos que este libro pueda llenar ese espacio de reflexión que creo importante, aunque yo personalmente me equivoque en lo que pienso y escribo.

Quisiera agradecerle a cientos de personas que a lo largo de los años me fueron suministrando información de todo tipo aunque la lista resulte imposible siquiera ya de ser recordada, más aún porque entre ellas hubo varias que me han pedido no ser nombradas. Les debo un agradecimiento especial a Graciela Viñuales y Ramón Gutiérrez que leyeron esto pacientemente enviando docenas de errores; un archivo extraordinario me fue obsequiado por Sonia Berjman en la forma de artículos de diarios-reunidos a lo largo de dos décadas; en el archivo de la Comisión Nacional de Monumentos tuve la valiosa ayuda de Guillermo Paez para encontrar cartas y documentos y todo el personal de ese organismo

3 Daniel Schávelzon, La restauración de monumentos en la Argentina; ideología y política en la restauración de monumentos prehispánicos: el caso del Pucará de Tilcara, en *Symposium Interamericano de Conservación del Patrimonio Artístico*, Cuadernos de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico no. 4, Instituto Nacional de Bellas Artes, México, pp. 62-69, 1979.

4 Alberto de Paula, La preservación del patrimonio arquitectónico argentino (1850-1950), *Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, no. 19, Resistencia, 1985.

5 Daniel Schávelzon, Cambio y transformación: la restauración arqueológica en América Latina entre 1970 y 1980, *Anales del Instituto de Arte Americano* no. 25, pp. 69-92, 1987 y La restauración de arquitectura prehispánica en Argentina, notas para su historia, *Runa* no. XIX, pp. 83-93, 1990.

6 Editado por *Clarín*, vol. 4, pags. 49-58, Buenos Aires, 2004, textos de Fernando Gandolfi y Graciela Silvestri.

7 Volumen 31/32 de 1996/7.

8 Carlos Page, El legado jesuítico en Córdoba, Argentina: aciertos y extravíos en la experiencia de un siglo de intervenciones arquitectónicas, *Contratiempo* no. 5, Córdoba, 2002.

colaboró muchas veces en lo posible. En su momento, en 1985, Alberto Varas como Secretario de Investigación tuvo la inteligente propuesta de que hiciera copias de expedientes de la Facultad de Arquitectura porque tenía la certeza de que podían *desaparecer*, lo que fue premonitorio. Los miembros del Instituto de Arte Americano siempre han colaborado en todo lo pedido y Ana Lang con su inefable biblioteca me hizo todo más fácil. En sus tiempos hubo temas que hablé en extenso con Marina Waisman en Córdoba; y con los años en todo el país hubo una lista ya imposible de recordar de quienes me facilitaron lo que tenían a mano. Gracias a todos ellos se pudo reconstruir esta primer historia, en la que la interpretación es sólo mi culpa. Gran parte de este libro fue discutido y trabajado con Alberto de Paula; mi agradecimiento por ello.

Por supuesto el libro debe entenderse como una obra hecha por un participante, no por un espectador, al menos para la última etapa, y en ningún momento se trató de evitar esa mirada comprometida. Asimismo entiendo y asumo que es una mirada desde donde estoy y trabajo, Buenos Aires; no quiero repetir actitudes imperiales pero no puedo cambiar el lugar en del que parto, aunque nadie puede negar mi insistente trabajo en y por el país.

Este libro revisa más de un siglo de historia de lo que se ha hecho, o querido hacer, o incluso lo no hecho, por nuestro patrimonio histórico. Con un panorama nacional y una mirada crítica e incisiva, describe los logros a la vez que desnuda las falencias del sistema mostrando problemas y dificultades, tratando de reencontrar el hilo perdido en el camino que permita tener una acción coherente, pública y privada, respecto a nuestra herencia cultural. Con un método erudito avanza caso por caso, con mucho rigor pero no sin sarcasmo, en una primera historia de nuestro patrimonio.

El autor es un conocido especialista en preservación del patrimonio, investigador principal del Conicet, Profesor Titular que dirige el Centro de Arqueología Urbana de la Universidad de Buenos Aires. Sus trabajos son conocidos por haber descubierto el valor de lo que encierra el subsuelo de Buenos Aires. Ha creado centros de estudios en el continente y es profesor de posgrados internacionales. Su trabajo ha merecido becas y premios, incluso la afamada Beca Guggenheim, por su accionar en el patrimonio y el pasado de América Latina.

